

Y en tanto que los brazos ejecutan  
El ánimo inmortal dormir no debe.

---

Para que la llama suba en remolino,  
Tomad anchas rajadas de leña de pino  
Y el horno encendido con ellas cebad.  
Si el fuego es más vivo, hará hervir el cobre;  
Al punto el estaño mezcladle, y se obre  
La liga segura de todo el metal.

---

Esa campana que a fundir hoy vamos  
Con ayuda del fuego y en el seno  
De la tierra, ha de dar, puesta en la torre,  
Fiel testimonio del trabajo nuestro.  
Allí habrá de sonar años tras años;  
Generaciones cien oirán su acento  
Llorando con los tristes y afligidos  
Y con los fieles implorando al cielo.  
Cuanto la suerte varia nos destina  
A los hijos de Adán perecederos  
Conmoverá su reluciente borde,  
Hará vibrar sus toques a lo lejos.

---

Burbujas blanquizcas ya surgen; la masa  
Se funde. ¡En buen hora! Dejad que penetre

De parda ceniza en ella la sal,  
Que así se derrite más pronto; y en suma,  
Será, si al fluído quitáis toda espuma,  
Más limpia y sonora la voz del metal.

---

Con acento solemne de alegría  
Saluda la campana al nuevo infante  
Que del materno seno, adormecido  
A los trabajos de la vida sale.  
Aún le oculta con velo misterioso  
El porvenir las dichas y pesares  
En su destino inscritos; su primera  
Edad vigila cariñosa madre.  
Pero con rapidez huyen los años  
Como la flecha que del arco parte;  
Ufano deja a la inocente niña  
Que al par dél ha crecido en sus hogares;  
Se precipita impetuoso y ciego  
De la existencia en la corriente fácil,  
Y con ferrado báculo visita  
En su incansable afán tierras distantes.  
Torna extranjero a la paterna casa  
Y sale a recibirle a los umbrales,  
Encantadora joven pudorosa  
De dulces ojos, celestial imagen,  
La que asistió a sus juegos infantiles  
Y él dejó niña aún al ausentarse.  
Vago y sin nombre entonces un deseo

Se apodera de su alma; los lugares  
 Donde se juntan sus hermanos huye,  
 Lágrimas vierte y la razón no sabe;  
 Sigue con turbación las huellas breves  
 De la joven gentil, y en hondos valles  
 Corta para ella flores, anhelando  
 Que con sonrisa blanda se las pague.  
 ¡Oh deseo sin par! ¡Grata esperanza!  
 ¡Oh del primer amor días fugaces!  
 Abierto el cielo está y el alma boga  
 De dicha pura en infinitos mares.  
 ¡Oh si esas flores del amor primero  
 Cuanto esquisitas son fuesen durables!

—  
 Mas ya se ennegrece la vasta caldera;  
 Si sale vidriada aquesta varilla,  
 Convendrá al fluído quitar la barrera;  
 Vamos, pues, y alerta, obreros, estad:  
 Si se ha consumado ver antes importa  
 La liga del dulce y el fuerte metal.

—  
 La dulzura y la fuerza combinando  
 Y la severidad y la ternura,  
 La armonía de amantes corazones  
 Que une sagrado vínculo, resulta.  
 Para enlazarse los esposos deben  
 Examinar sus cualidades mutuas,

Que pasa la ilusión en sólo un día  
 Y eternamente el desengaño dura.  
 ¡Cuán bien está la virginal corona  
 De albo azahar, que el céfiro perfuma,  
 Sobre el cabello de la novia cuando  
 La bendición nupcial el bronce anuncia!  
 ¡Ay! La fiesta más bella de la vida  
 Es de su abril risueño la hora última,  
 Y con el velo y ceñidor se alejan  
 Ilusión y pasión, pálidas brumas.  
 Quede el amor y, pues las flores mueren,  
 Alcance el fruto madurez segura.  
 Fuerza es ya que el varón con firme planta  
 Siga a lo largo de escabrosa ruta;  
 Fuerza es que obre y combata, críe y siembre,  
 Por medio del esfuerzo y de la astucia  
 Y en su estrella fiado y en su audacia,  
 Quedando vencedor de la fortuna.  
 Fluyen bienes entonces en torno suyo;  
 El don preciado en el granero abunda,  
 Sus dominios se ensanchan a lo lejos,  
 Da a la antigua mansión nueva estructura.  
 Reina en ella la madre de sus hijos,  
 Vaso de amor y de prudencia suma,  
 Que a las dóciles niñas alecciona  
 Y al mozuelo gentil riñe y educa.  
 Incansable y solícita, acrecienta  
 Con su espíritu de orden y cordura  
 El bienestar de la familia; en arcas  
 De oliente cedro sus tesoros junta;

Devana el hilo y da al vellón cortado  
De crespa lana sin igual blancura,  
Lo que útil es a lo vistoso uniendo  
Sin que ociosas sus manos estén nunca.

Desde alto mirador que la comarca  
Domina en torno, el propietario juzga  
De su heredad inmensa la riqueza,  
Y orgullo y esperanza en ella funda.  
Ve cuál crecen los árboles y al peso  
Doblan sus ramas de sabrosas frutas;  
Sus trojes ve que la cosecha guardan,  
Sus mieses ve que con la brisa ondulan,  
Y exclama entonces engreído y ciego,  
Con alegría y vanidad profunda:  
«Como los fundamentos de la tierra  
Es firme y permanente mi fortuna,  
Y los bruscos combates desafía  
Del huracán de la desdicha ruda.»  
Mas contra los rigores del destino  
No hay pacto eterno, y su segur injusta  
Nuestra felicidad rápida abate  
Dejando al corazón mortal angustia.

La escoria se aparta del limpio fluído;  
Al punto podemos el dique romper.  
¡De estar con nosotros Dios sea servido!  
Envuelto entre nubes de negra humareda,

En ondas el bronce, cual río encendido  
Corriendo hacia el molde, flamígero ved.

Útil y noble es el poder del fuego  
Cuando lo rige el hombre y lo domina,  
Y las mejores obras que ejecuta  
Son a esa fuerza celestial debidas.  
Mas si rompe terrible sus prisiones  
Con ímpetu fatal se precipita,  
De la naturaleza hijo salvaje,  
La destrucción causando y la ruina.  
Si de obstáculos libre se derrama  
Por las pobladas calles de la villa,  
Cual cabellera al viento, en espantoso  
Incendio repentino, atroz desdicha!  
Que es la acción de los ciegos elementos  
De la obra de los hombres enemiga,  
Y de la propia nube que los campos  
Con bienhechora lluvia fertiliza,  
El flamígero rayo se desprende  
Cuyo terrible estrago nadie evita.  
¿Oís tocar a fuego las campanas?  
Alumbra el cielo claridad rojiza,  
Y ese color de sangre que lo cubre  
No es precursor del venidero día.  
¡Qué tumulto en las calles! ¡Qué vapores  
En la pesada atmósfera! Distinta  
Aparece la llama, en remolino,  
Por las angostas puertas que derriba,

Lanzándose a los cielos y arrojando  
 De trecho en trecho voladoras chispas,  
 Y en extensión e intensidad creciendo  
 Con la velocidad del viento misma.  
 Cual la boca de un horno el aire quema,  
 Tiembla el piso, despréndense las vigas,  
 Las vidrieras estallan, y las madres  
 Corren oyendo el llanto de sus hijas,  
 Y en el establo ya incendiado braman  
 La pobre vaca y la asustada cría.  
 Todos su salvación buscan; la noche  
 Con luz que la del sol más fuerte, brilla;  
 Cubos y cuerdas van de mano en mano,  
 Lanza la bomba el agua en curva altísima.  
 Mugiendo el aquilón llega y la llama  
 Hace ondular y con su soplo aviva;  
 Cunde el fuego en las mieses allí juntas  
 Y del granero la pared calcina;  
 Trep a los techos y triunfante brota  
 Con ronco estruendo y llamarada activa,  
 Cual si en su impulso aterrador quisiera  
 Llevarse el suelo a la región vacía.—  
 A la esperanza ajeno, cede el hombre  
 Del enojado cielo ante la ira,  
 Y lleno de estupor cruza los brazos  
 De su heredad mirando las cenizas.  
 Son ya los restos del hogar antiguo  
 Mansión de vientos, y el terror habita  
 De las ventanas en los negros huecos,  
 Y sobre el vasto escombros el humo gira.

A la tumba que guarda su fortuna  
 Da otra mirada el hombre todavía,  
 Y resuelve alejarse, y del viajero  
 El ferrado bordón toma en seguida.  
 Graves son del incendio los desastres,  
 Mas consuelo gratísimo le anima:  
 Contó los seres que le son queridos  
 Y uno sólo no falta en la familia.

Ya el molde está lleno. ¿Saldrá la campana  
 Perfecta, premiando así la labor?  
 ¡Si obstáculo el bronce halló en su camino!  
 ¡Si el molde se ha roto! Ya el mal sobrevino  
 Tal vez, y esperamos el bien con fervor!

La obra de nuestras manos confiamos  
 A las entrañas hondas de la tierra:  
 El labrador su grano deposita  
 Con el anhelo de feraz cosecha;  
 En la tierra semillas sepultamos  
 De mucho más valor, en la creencia  
 De que se habrán de alzar del negro féretro  
 A vida más feliz que la primera.

Tristes dobles repite la campana  
 En la elevada torre de la iglesia